

ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA

Carta nº 163: Nada menos que la esperanza

Estimados padres:

Es bastante usual que algunos se den cuenta más pronto y otros más tarde. Es posible que una parte de nosotros lo tuviera previsto, para otra fue un descubrimiento. El caso es que estamos destinados (y mejor hacerlo por devoción que por obligación) a contagiar esperanza en nuestros hijos.

Esperanza en que van a poder con lo que se les resiste -de los libros y de la vida-, en que van a comprender lo que es aún un misterio, mantener lo que sólo fue un hallazgo por casualidad y descubrir claves para guiarse (y no perderse) por las avenidas y las callejuelas de la existencia; claves algunas de ellas que vienen en los libros y se desvelan en las aulas y muchas otras que no.

Porque, sin esperanza (y, no pocas veces, la vida se pone de canto y sólo acertamos a chocarnos contra ella) es imposible avanzar. Ni siquiera -cuando falta- llegamos a encontrar las ganas para afrontar el desafío, mayor o menor, que nos acaba presentando cada día. Sin esperanza todos los paisajes se vuelven grises y la melancolía acaba succionando nuestros proyectos e ilusiones en sus potentes arenas movedizas.

La esperanza, ésa de la que tenemos que hacer prosélitos a nuestros hijos desde bien temprano, no es la ilusión (sin fundamento) a la que nos agarramos para huir de la desesperación. La esperanza es el salvavidas que nos mantiene a flote en el océano de los días, con sus marejadas, fuertes marejadas y temporales. Y gracias a ello, acabamos encontrando una playa, un destino y un manantial donde calmar toda la sed que llevamos acumulada tras tantos días, tal vez años, de dar tumbos, de cuestionárnoslo todo y de no encontrar testimonios en otros que nos reconcilien con la especie. Pero cuando lo conseguimos, tener a nuestros menores delante nos rellena los depósitos y nos recarga la pila para seguir avanzando otra temporada más. Porque no hay acumuladores ilimitados. Al menos, por ahora.

Aunque se abona con lo de fuera, la esperanza surge de dentro y se expande en forma de alegría, de generosidad, de comprensión, de acogida...La esperanza empuja y, cuando es acompañada de otros, acaba derribando duras resistencias y complejos obstáculos como el pesimismo y la radicalidad.

No hay contrariedad que paralice ni decepción que deprima o revés que nos hunda cuando hay esperanza. Es el mejor suplemento de vitaminas en la nutrición de nuestros hijos. La mejor extraescolar en sus jornadas.

Por eso, es una suerte, sin duda, contar al lado con alguien que no para consolarnos sin más ni para enmascarar una realidad que no resulta grata, sino desde una sincera actitud de colaboración, nos ayuda a descubrir nuestras verdaderas fortalezas. Y, a partir de ahí, tirar para adelante convencidos de que tenemos el privilegio de poder concebir tiempos de sosiego sin que las balas o el hambre silben a nuestro alrededor.

Se dice que la mejor herencia que se puede dejar a los hijos es una buena educación; entendemos que, además de en modales, en preparación académica. Pues bien, la dote resultará completa si junto a la educación se les lega también la esperanza, esa capacidad de creer y trabajar por lo mejor. Y no es tan fácil, especialmente desde que el derrotismo se ha puesto de moda y la tibieza nos anestesia de mil maneras y a través de tantos medios, impidiendo que nos hagamos conscientes del potencial que albergamos y que podemos compartir con los más nuestros y con los que junto a nosotros circulan.

Ahora, por no se sabe bien qué combinación mercadotécnica, para prestigiar algo (desde un producto manufacturado a una filosofía de vida) se requiere que ese algo reúna dos condiciones: sostenible y renovable. Y aquello que no cumpla con ambas características por muy útil, demostrado, eficiente y hasta gratuito que resulte, queda descartado.

Pues bien, aparte otros muchos méritos y propiedades terapéuticas, la esperanza es sostenible y renovable. Es sostenible porque si no, la esperanza se vuelve simplemente anhelo cuando no capricho, que o bien nunca se llega a ver realizado o bien, una vez alcanzado, se evapora de nuestro entendimiento y nuestra voluntad como algo poco valioso. Por el contrario, sí que perdura y se sostiene cuando está enraizada en elementos permanentes y no fruslerías pasajeras que hoy están y mañana desaparecen, modas al paio de los vientos que más soplen, contengan éstos o no contaminaciones varias.

Y es renovable. No sólo a lo largo de cada etapa vital (infancia, juventud, edad adulta y lo que viene después...) sino, en cada momento de esas mismas etapas. La esperanza no es un saco sin fondo sino una atmósfera sin límites que nos deja respirar y nos proporciona a pequeños y mayores la capacidad de vivificar nuestro ser a base de pequeñas conquistas.

Es sostenible y es renovable, por encima de todo, desde el mismo momento en que tiene origen cierto y destino claro: nuestro amor y su felicidad; nuestra dedicación y sus posibilidades (que nunca certezas) de que serán siempre más las sonrisas que las lágrimas las que surquen el rostro de nuestros hijos.

Con toda la prudencia que exige la razón y con toda la fe y alegría que bombea el corazón, que la esperanza se convierta en la más inagotable de las fuentes que nos proporcionan energía para existir.